



ESPAÑA

EL FIN DE LA EUFORIA

HA llegado lo que se esperaba. Desde hace varios meses, los especialistas han venido anunciando que después del verano comenzaría a manifestarse con toda claridad el deterioro de la actividad económica nacional: fuerte proceso inflacionista y, paralelamente, recesión económica.

La situación es, a la vez, antigua y nueva, y por esta misma causa, las recetas propugnadas para combatir los problemas existentes son múltiples y dispares. Es antigua porque la recesión actual no es más que la continuación y consecuencia de la etapa alcista de los tres últimos años. La economía española viene atravesando desde finales de la década de los cincuenta unos ciclos perfectamente delimitados: expansión económica con tensiones de precios, política restrictiva —principalmente monetaria— para frenar el alza del coste de la vida, que incide en el ritmo de crecimiento, comienzo de una etapa recesiva hasta que se aplican de nuevo una serie de medidas de relanzamiento, vuelta a comenzar una etapa de expansión, y así sucesivamente.

Ante esta regularidad, con importantes efectos negativos por la incertidumbre que provoca ese movimiento cíclico, se ha plantea-

do más de una vez si no es posible que nuestro país tenga un crecimiento económico sin sobresaltos, es decir, sin tener que aplicar una política de «stop and go». La respuesta es que desgraciadamente ha sido la única alternativa coherente con los principios por los que se rige el sistema económico, con una orientación claramente desarrollista. Para lograr un crecimiento más saneado sería preciso modificar muchos aspectos fundamentales de nuestra estructura económica, y esto, como es bien sabido, no se ha tratado de llevar a cabo.

Desde esta perspectiva, y llevando las cosas a un extremo casi determinista, corresponde al presente año el inicio de una etapa depresiva, pues en los tres años anteriores, sobre todo en 1973, el auge económico fue considerable, con la particularidad de que el alza duró más tiempo que en otros períodos anteriores. El denominado recalentamiento de la actividad económica fue muy intenso en el pasado año, con un proceso inflacionista superior al de cualquier otro año de las últimas décadas. Por ello, la caída tenía que ser mayor, como de hecho así empieza a manifestar en la actualidad, pues en el primer semestre del presente año la economía continuó con la

inercia del fuerte empujón del anterior.

Por otra parte, decíamos, la situación es también nueva. Antes, en las etapas recesivas, el nivel de precios se mantenía relativamente estable, pues las medidas de contención tenían por objetivo frenar la fuerte subida de precios. En el presente año esto no es así, a pesar de las medidas tomadas a finales del último ejercicio: en los primeros siete meses de 1973, el coste de vida aumentó en el 7,44 por 100, y en igual período de este año lo hizo en el 8,40 por 100. Se ha intensificado el proceso inflacionista, y de julio de 1974 a julio de 1973 los precios se incrementaron en el 15,19 por 100, cuando entre los mismos meses del año precedente lo hicieron en el 11,85 por 100.

Se ha afirmado en diversas ocasiones que este aumento espectacular de los precios se debe a la incidencia de la crisis de la economía internacional y, más concretamente, a la subida de los precios del petróleo. Que la situación de la economía española no es alarmante, pues otros países de la OCDE superan el alza del coste de vida en España (1). Que la sa-

(1) En enero-julio, ocho países de la OCDE han experimentado un aumento del coste de vida superior al de España. Japón, 15 por 100;

lud de nuestra economía es buena, con una amplia cobertura de reservas, por lo que el mayor coste de las importaciones de petróleo (unos 2.000/2.500 millones de dólares) y el previsible déficit de la balanza de pagos en 1974 se puede soportar perfectamente. Hasta julio, las pérdidas de las reservas españolas han sido de 579,2 millones de dólares, lo que representa sólo el 8,52 por 100 de las existentes a finales del pasado año.

Todo esto es cierto, pero no lo es menos que la economía española se encuentra en una etapa de *stagflation*. Lo grave es que no se trata de una situación coyuntural de pocos meses, sino que todo parece indicar que la problemática tiene raíces más profundas, y que la situación se puede ir deteriorando progresivamente hasta llegar a una crisis insostenible. La gravedad de la situación justifica la preocupación existente en todos los niveles. El ama de casa percibe diariamente que su presupuesto es insuficiente, el empresario ve que su facturación y cartera de pedidos se están reduciendo

Italia, 13,9 por 100; Portugal (enero-mayo), 12,6 por 100; Gran Bretaña, 11,7 por 100; Francia, 9,8 por 100; Bélgica, 9,6 por 100; Grecia (enero-junio), 8,9 por 100, y Finlandia (enero-junio), 8,5 por 100.

considerablemente, con grandes problemas financieros y, en fin, los responsables de la política económica española comienzan a señalar la necesidad de cambiar la orientación seguida en la política de desarrollo de la última década. Recientemente, el Presidente del Gobierno, Arias Navarro, ha manifestado: «Los españoles saben que sólo moderando en los próximos meses su comportamiento económico pueden asegurar una continuidad firme y un proceso de mejora», y en el mismo sentido se ha manifestado con mayor énfasis el Ministro de Planificación del Desarrollo.

Resulta difícil, sin embargo, pensar que el español va a modificar del día a la noche sus hábitos de consumo, después de que durante más de diez años se le ha estado empujando a consumir lo necesario y lo superfluo. Aun en el caso hipotético de que así sucediera, no hay que olvidar que la estructura productiva del país está orientada en una gran parte hacia la sociedad de consumo, por lo que el desfase que se produciría sería todavía más importante. Evidentemente, hay que evitar el consumo desaforado y no necesario, pero también, sobre todo, las estructuras productivas y la orientación de la política económica.

No se puede continuar viviendo alegremente por encima de las posibilidades económicas del país, cuando las perspectivas no son muy halagüeñas y las relaciones económicas internacionales se han modificado sustancialmente en los últimos años. A la recesión interior autónoma se añade con creciente intensidad la de otros países. Aumento de precios (es previsible un incremento de cerca del 20 por 100 en 1974), incremento espectacular del valor de las importaciones, menor crecimiento de la producción, recesión del turismo, retorno de emigrantes y aumento del paro son algunas de las notas que van a caracterizar a la economía española en los próximos meses. El panorama para 1975 no se presenta muy favorable, siendo grave la situación económica, la incertidumbre en este terreno no es la más importante por la que está atravesando nuestro país. En definitiva, no hay que olvidar que en la práctica lo que existe es una economía política. ■ R. MARTINEZ CORTINA.

ESTADOS UNIDOS

FORD ANTE WALL STREET

HORAS después de haber accedido a la Presidencia, Gerald Ford denunció «a la inflación como enemigo número uno». Desde entonces ha retomado a menudo su fórmula «in crescendo». Un mes después de su llegada cufórica a la Casa Blanca se cumple el plazo. Aborda los múltiples problemas con prudencia: su conservadurismo visceral vacila ante las soluciones tajantes; con perplejidad también, sus prolíferos consejeros no están de acuerdo, ni sobre las causas ni sobre las soluciones. J. F. Terhorst, jefe del servicio de prensa presidencial, dice: «El patrón no quiere ser un "cow-boy" económico».

Para ganar tiempo despejando un «consensus», Ford convoca con grandiosidad una cumbre de economistas, hombres de negocios, sindicalistas... Las reuniones preliminares comenzaron la semana pasada. Nadie cuenta verdaderamente con ese cónclave. En 1945, Harry Truman también organizó un encuentro Capital-Trabajo. Fue un terrible fracaso.

La inflación en los Estados Unidos (11,8 por 100) es más ame-

nazadora que en Alemania del Oeste (7,2 por 100). No sigue el porcentaje británico (16 por 100), japonés (24 por 100) o francés (13,5 por 100). Dos expertos allegados a Ford, el secretario de Estado de Finanzas, William Simon y el nuevo presidente del Consejo de Consejeros económicos, Alan Greenspan, proclaman «que serán necesarios de dos a cinco años para llevar la inflación a un nivel razonable del 2 ó 3 por 100 anual». Es un voto piadoso más que un programa.

Pánico a crédito

Los americanos, a los que se les ha repetido que su Presidente no era muy competente en economía o en política exterior, están inquietos. En los doce últimos meses, los ingresos de los obreros aumentaron un 7,4 por ciento, pero los precios, en los comercios pequeños o en los supermercados de California o de Nueva Jersey, han superado esa cifra. Hay malas perspectivas para el segundo semestre: la sequía y las combinaciones de los

especuladores permiten prever un alza del 3 al 4 por 100 en los productos alimenticios. En el terreno laboral, en septiembre de 1973 había un 4,6 por 100 de parados. Actualmente, un 5,3 por ciento. En el frente comercial, 5.000 comercios han presentado su balance en los seis primeros meses de 1974, evidentemente superior al del mismo período de 1973. Aún más grave dentro de la lógica del sistema: las grandes compañías tienen dificultades. La Pan Am ha obtenido un préstamo de 10.000.000 de dólares mensuales, retroactivo a partir del mes de abril.

Más que los franceses o los británicos, los americanos vigilan la Bolsa: en Wall Street reina el temor, «el pánico a crédito», se dice con remilgos. El índice de valores industriales Dow Jones bajó un 25 por 100 desde comienzos del año, con algunos «hipos» en ciertos momentos. Desilusionados, los agentes de cambio conocidos reemplazan el taxi por el metro para manifestar su morosidad.

Sin embargo, no todo son problemas. Son un hecho en el caso ▶



de los transportes aéreos y las bebidas gaseosas. Por el contrario, las sociedades que se ocupan del oro, el cobre, el azúcar, el acero, el aluminio, el papel y los productos químicos funcionan bien. Paralelo a una baja del 50,9 por 100 de las acciones de Pepsi-Cola, encontramos un alza del 52,8 por 100 de US Steel. La baja no se ha generalizado aún como en 1929. Se evoca una recesión. Pero no se está dentro de ella. No hay disminución del PNB. Se sobrevive en el estancamiento. Curiosa paradoja: ¿los USA estarán quizá en los albores del crecimiento cero?

Algunos medios económicos parecen menos pesimistas que los círculos financieros. Después de todo, los beneficios del segundo trimestre son superiores en un 7 por 100 a los del primero. Los directores de cadenas de comercios boicoteados por los clientes señalan que «la vida aumentó un 1 por 100 en junio y sólo un 0,8 por 100 en julio». Parece que en el momento de hacer cuentas, agosto se parecerá a junio. Para demostrar que la libre empresa y la competencia actúan, «la guerra de las marcas de gasolina» se reanuda sin vigor: una estación de servicio anuncia el galón a 48 centavos, y la siguiente, justo al lado, lo ofrece a 49 centavos. La General Motors fue llamada al orden por Gerald Ford por haber aumentado en un 9,5 por 100 los precios de sus modelos 1975, que saldrán pronto a la venta. Obediente, después del sermón presidencial, redujo el aumento al 8,5 por 100. Tres pasos hacia adelante, uno hacia atrás. La General Motors había previsto la ira de la Casa Blanca y calculó ampliamente su margen. Los otros titanes del automóvil se verán obligados a seguirla. Contribuirán también, en apariencia por lo menos, al «efuerzo nacional» solicitado por el Presidente.

El capitalismo americano tiene dificultades, pero conserva una sólida confianza en sí mismo: las inversiones en el extranjero de las sociedades americanas, multinacionales o no, habrán progresado en un 34 por 100 este año, y no se prevé deceleración. De hecho se preparan grandes ofensivas hacia el Mercado Común. Para recibir los capitales cuyos beneficios podrían ayudar a colmar la balanza de pagos americana, se cuenta más con la comprensión de Helmut Schmidt y de Harold Wilson que con la de Giscard d'Estaing.

En Washington se adoraba a Giscard antes de su elección, pero a partir de entonces se le apre-

cia menos. Se le tacha de «gaullismo político, geo-político y económico». El asunto de los «Mirage FI M-53», opuestos a los aviones americanos YF-17, YF-16 —que será resuelto con un reparto del trato— no es más que el primer gran choque de las dos industrias. En Estados Unidos es más provechoso decir que Giscard es gaullista. Es mucho más peyorativo que «europeo». Trastocando el calendario de Nixon, Ford hubiera podido visitar a sus aliados europeos antes de ir a Tokio. Sin embargo, irá primero al Japón. En un momento en que las negociaciones con los soviéticos están estancadas, y en que ya no se cuenta con la economía de trueque con China para activar los negocios y la producción, Washington debe saldar diversos puntos litigiosos con Tokio.

Cuenta atrás

Ante la complejidad de los problemas, Ford tantea. Una única decisión firme, aprobada por industriales y sindicatos:

«No habrá control de precios ni de salarios», dice el Presidente. Sin embargo, ha instituido un Consejo para la estabilidad de salarios y precios. No tiene ningún otro poder coercitivo. Sólo puede lanzar «advertencias».

En Estados Unidos, los economistas consideran que si la situación se degrada, habrá que bloquear los precios y los salarios.

Según el procedimiento clásico, el Presidente quiere reducir los gastos gubernamentales y el crédito. Quiere aplicar métodos que parecieran válidos en los años 1940, 50 y 60. Retomando sus primeras declaraciones imprudentes, Ford dice públicamente «que ni el presupuesto de Defensa Nacional es intocable». En caso de que el desempleo se tornara «alarmante», es decir, superara el 5,5 ó 6 por 100, Arthur Burns, presidente del Federal Reserve Bank, propone incluir cuatro mil millones de dólares en el presupuesto para crear empleos. Aquí, Ford duda: ha hecho saber que su «compasión» podría vencer sus rígidos principios republicanos, opuestos a este tipo de inversión federal.

Para vencer la inflación, reducir el desempleo, equilibrar la balanza de pagos, se necesitaría mucha imaginación. El Presidente no la tiene. Con sus consejeros dispone de algunas semanas para establecer un plan digno de crédito. Su partido piensa en las elecciones de noviembre: para los republicanos ha comenzado la cuenta atrás. ■ OLIVIER TODD.



FRANCIA

GISCARD FRENTE A LOS PETROLEROS

ESTE invierno tendrán frío los franceses? Por primera vez desde 1949, año en que se suprimió el racionamiento de posguerra, el fuel, para la calefacción doméstica, será limitado. ¿En qué medida? Giscard no lo ha decidido aún. Pero es seguro que desearía reducir sensiblemente nuestro consumo de petróleo.

Si hemos llegado a esto es porque el precio del petróleo se ha cuadruplicado después de la guerra del Kippur del otoño de 1973. Nuestras importaciones de petróleo representan 50.000 millones de francos anuales; es decir casi el doble del déficit de nuestra balanza comercial. Ahora bien, la baja de precios del petróleo que se esperaba en el Elíseo para finales de 1974, parece ahora descartada.

Desde comienzos del verano, el ministro de Industria, Michel d'Ornano, se declaró partidario de un racionamiento del petróleo. Cuenta con el apoyo de Jacques Chirac, pero se enfrenta con las reservas de Giscard, que teme el descontento que esta medida puede provocar en toda la población.

De todos modos, el racionamiento del carburante-automóvil queda excluido por dos razones: Primero, porque sólo representa el 15 por 100 del total de nuestro consumo de petróleo; luego, porque la industria automovilística, a la que se quiere proteger, ya está afectada por la limitación de velocidad, el alza de precio del carburante y las

restricciones de crédito, y sufre una crisis que no hay que seguir agravando si se quiere evitar una catástrofe.

Depósitos llenos

En resumen: es difícil restringir el consumo en la industria si no se quiere detener la expansión; como mucho, puede limitarse el derroche, penalizándolo. En el mejor de los casos, se reducirán en un 3 ó 4 por 100 los gastos petrolíferos de las fábricas, que absorben aproximadamente un tercio de nuestro petróleo.

El único sector en el que se puede actuar sin causar perturbaciones económicas es el del calor doméstico, que representa más del 40 por 100 del total global de nuestro consumo. Si se redujera en un 10 por 100 nuestro consumo de fuel doméstico, se disminuiría en dos mil millones el déficit de la balanza comercial.

Queda por saber si el dispositivo restrictivo propuesto por Michel d'Ornano será eficaz. En efecto, la experiencia del último mes no es muy concluyente al respecto. A principios de julio, el ministro de Industria tomó la decisión de reducir en un 5 por ciento las entregas de fuel de las compañías y los distribuidores. Ahora bien, el mismo mes, por temor a futuras restricciones, los consumidores llenaron los depósitos de fuel-oil hasta el tope. Re-

100

Y.637

58867

sultado: En vez de disminuir en un 5 por 100 el consumo, aumentó en el mes de julio un 40 por ciento.

Desde comienzos del año no son las medidas administrativas las que frenaron el consumo de petróleo, sino simplemente el alza de los precios. Hasta ahora no se ha producido racionamiento autoritario, sino racionamiento a través del dinero.

Aun si las medidas restrictivas consideradas por el Gobierno son eficaces, la factura petrolífera corre el riesgo de seguir siendo muy elevada para Francia. Muchos especialistas se preguntan hoy si la guerra del petróleo, que parecía calmarse, no va a reavivarse.

En Viena, a mediados de esta

semana, el Consejo de Representantes de la OPEP, deberá examinar diferentes proyectos preparados a principios de septiembre por los expertos. Esos proyectos prevén ciertas medidas que agravarían aún más la situación, ya de por sí inquietante, de los países consumidores:

— *Disminución de la producción.* Actualmente, a raíz de la disminución del consumo en los países industriales, hay superabundancia de petróleo en el mercado; es decir, amenaza de hundimiento de los precios. Para evitarlo, Venezuela, Kuwait, Libia y Arabia Saudita han comenzado, desde mediados del verano, a reducir su producción. Sería cuestión de pedir a todos los miembros de la OPEP que hicieran lo mismo.

— *Alza de los precios.* En vísperas de la Conferencia de Viena, ocho de los doce países de la OPEP se pronuncian a favor de un alza, que puede alcanzar un máximo del 14 por 100. Arabia Saudita, país partidario de una baja de precios, renunció bruscamente a su posición y se adhirió a la mayoría.

— *Fiscalidad.* Teniendo en cuenta el alza del 50 al 300 por 100 de los beneficios de las compañías internacionales durante el primer semestre de 1974, en comparación con el período corres-

pondiente de 1973, se piensa en un aumento de los impuestos que pagan las compañías petrolíferas a los países productores.

— *Participación.* El régimen de participación (con un 60 por 100) de los Estados productores en el capital de las sociedades que explotan los yacimientos, aún en curso de negociación sería abandonado en provecho de una participación mayor.

Es evidente que las propuestas sometidas por los expertos al Consejo de Ministros de la OPEP en Viena, son extremas. No todas serán adoptadas. Es posible que Irán, que hasta ahora ha apoyado las tesis extremistas en materia de precios, actúe ahora como moderador, reemplazando así el papel que antes cumplía Arabia Saudita.

Demasiados dólares

De hecho, en todas las Cancillerías se interrogan sobre el reciente cambio de actitud del Rey Faysal, que parece tomar distancias respecto a Washington y se alinea en las posiciones de países progresistas como Argelia.

Este cambio de rumbo de Arabia Saudita y de los países árabes productores de petróleo, que

a firman sus posiciones en la OPEP, no parece estar motivado por razones financieras (casi todos tienen más dólares de los que pueden utilizar), sino por razones políticas. Los árabes, sin esgrimir nuevamente el arma del petróleo, quieren utilizarla como un medio de presión a pocas semanas de las negociaciones determinantes para el conflicto árabe-israelita: los acuerdos sobre la presencia de los cascos azules de las Naciones Unidas en el Sinaí vencen el 24 de octubre, y los que conciernen al Golan, el 30 de noviembre próximo. En esta ocasión, los árabes querrían arrancarle concesiones a Israel. ¿El mejor medio para lograrlo no es, acaso, restringir el caudal de los oleoductos o amenazar con hacerlo?

En cualquier caso, para los países consumidores existe la amenaza de que el petróleo escasee aún más y se encarezca. En su discurso televisado del 27 de agosto, Giscard d'Estaing había dejado prever una acción severa para economizar energía. En el momento de pasar de las palabras a los hechos, duda entre los diferentes remedios que se le proponen. Los franceses deben esperar, en consecuencia, medidas restrictivas, sin las cuales, el enorme déficit de nuestra balanza comercial se agravaría aún más. ■ JACQUES MOR-
NAND.

ITALIA

RUMOR FRENTE A SCHMIDT

PARA mostrar claramente que no iban a discutir sobre la ayuda económica de la RFA a Italia, el canciller alemán Helmut Schmidt y Mariano Rumor, el primer ministro italiano, se encontraron, solos, sin el ministro de Finanzas, en Bellagio, junto al lago de Como. Además, el portavoz del Gobierno Federal, Grünwald, juzgó útil señalar que un préstamo a Italia era algo fuera de cuestión. En cuanto a los italianos, afirmaban que la Comisión Europea de Bruselas pondría a su disposición un préstamo co-

munitario de cinco mil millones de dólares, y que no necesitaban otros fondos aparte de éstos.

Luego, después de una discusión-maratón de doce horas y muchas conversaciones telefónicas nocturnas con sus respectivos expertos, el canciller alemán y el primer ministro italiano se presentan el sábado al mediodía en la terraza de la villa «Serbelloni», y anuncian tranquilamente la conclusión de un acuerdo que permite al Bundesbank prestar al Banco de Italia dos mil millones de dólares, garantizados por el oro italiano,

evaluado al precio de 120 dólares la onza.

¿Cómo se produjo el milagro de que una «cumbre» no-financiera diera un resultado en dólares? ¿Cómo sucedió que los alemanes, tan reticentes como los americanos a reconocer el papel que juega nuevamente el oro en el sistema monetario mundial, hayan terminado por ser los primeros en firmar un contrato que lo consagra? ¿Y qué garantía política obtuvieron de los italianos a cambio de su ayuda y de su cambio de actitud respecto al oro?

En Bellagio, Mariano Rumor no responde a ninguna de estas preguntas. Agradece al canciller alemán su buena acción «occidental y europea» y le deja la tarea de explicar los misterios de su entrevista. El canciller procede a un amplio examen de la situación económica americana y europea, como para subrayar que en este asunto ha actuado de acuerdo con los Estados Unidos, o, en todo caso, sin ninguna intención de contrariarlos. Lo que le decidió a otorgar el préstamo a Italia, dice también, es su respeto por el ▶



Gobierno de Rumor y su profunda convicción de que las medidas financieras recientemente tomadas en Roma serán muy eficaces. El «Times», de Londres, escribirá al día siguiente, con un poco de ironía, que el canciller alemán finge creer cosas que los italianos, ni los más gubernamentales, casi no creen.

Los gritos de los patronos

El discurso de Helmut Smichdt en Bellagio no es, en consecuencia, muy serio. El Gobierno italiano tiene seguramente un plan de acción económica, y, sin duda, lo ha hecho aprobar por el canciller, pero hasta ahora no lo ha expuesto claramente ante la Cámara de Diputados italiana, y tampoco, en consecuencia, puesto en aplicación. Las líneas directrices de ese plan son conocidas, sobre todo gracias a las declaraciones «alarmistas» de los grandes patronos italianos —Agnelli, Cefis, Pirelli—, que reclaman a voz en cuello una profunda reestructuración de la industria transalpina, a fin de aumentar su potencial de exportación. Además, se sabe desde hace muchos meses que Schmidt y su ministro de Finanzas, Hans Apel, acusan a los dirigentes italianos de ser «demasiado débiles» con sus movimientos obreros.

Todo eso explica lo que el gran proyecto de Mariano Rumor tratará de realizar con ayuda y bajo control de su «partenaire» alemán (el cual, en ocasión del empréstito de Bellagio, se reservó virtualmente el derecho, a verificar cada seis meses las cuentas del Banco de Italia). Se trata de recuperar sobre el movimiento obrero italiano la ventaja que éste logró en el curso de los últimos cinco años, respecto a todos los otros países

Europeos, incluida Alemania Federal. Es necesario que el patronato italiano pueda disponer de mano de obra en las mismas condiciones que el resto de la Europa de los «Nueve», imponiendo los mismos horarios y los mismos ritmos de trabajo.

Para llevar a cabo esta operación, la clase dirigente italiana necesita por ahora el balón de oxígeno que constituye el préstamo alemán, pero también le hace falta el apoyo, aunque sólo sea tácito, del Partido Comunista. Por eso no es casualidad si en Roma se habla cada vez más del «compromiso histórico» entre la democracia-cristiana y los comunistas y si, aun en Bellagio, se le preguntó directamente a Helmut Schmidt lo que pensaba de una eventual adhesión del Partido Comunista Italiano a la mayoría gubernamental. El canciller, casi indignado, afirmó que no se inmiscuía nunca en los problemas internos de un país aliado. Esa altiva respuesta «no intervencionista» fue interpretada de inmediato como prueba de que no había veto alemán o europeo para la formación de la «gran coalición» en Italia.

El dilema del PCI

Sin embargo, la primera reacción del PCI fue de desconfianza y reserva: El enviado especial de «L'Unità» en Bellagio critica el acuerdo Schmidt-Rumor y hasta denuncia el peligro de «un condominio americano-alemán en Europa». No obstante, veinticuatro horas después, el Partido Comunista cambia de actitud y aprueba el acuerdo de Bellagio. Más aún: Armando Cossutta, miembro de la Junta Política, afirma, en un discurso pronunciado en Brescia, que las profesiones de fe atlánticas de los señores Schmidt y Rumor no

le molestan en absoluto a su partido. Conocido ya como el más «europeo» de los partidos comunistas occidentales, el PCI parece de pronto adherirse al «atlantismo». La prensa anglosajona subraya evidentemente esta declaración, pero en Roma sigue sin creerse que la política extranjera sea lo más importante en este asunto.

En el corazón del debate queda el problema del saneamiento interior. Sean cuales fueren las declaraciones de Helmut Schmidt en Bellagio respecto a su «no-injerencia», continúa sin aceptar que los obreros de la «pobre Italia» tengan derechos sindicales, y en las fábricas poderes mayores que los de la «rica República Fe-

deral». Según él, ya es hora de poner fin al «escándalo» de las conquistas políticas y sociales logradas desde 1969 por el movimiento obrero italiano, el más combativo de Europa.

¿Estaría dispuesto el Partido Comunista a asociarse a esta política regresiva? No parece seguro. Pero, aun si por razones inconfesables, el Partido Comunista italiano decidiera dar el paso para llegar al «compromiso histórico», nada indica aún que sea capaz de imponer su elección a los sindicatos.

«Tenemos responsabilidades políticas hacia los trabajadores y no respecto a los partidos», escribe en «Il Manifesto» Antonio Lettieri, uno de los secretarios del poderoso Sindicato Metalúrgico. «Y si bien es verdad que no tenemos el poder de designar Gobiernos, también es verdad que no estamos obligados a someternos a la elección y a los chantajes de los Gobiernos, sean cuales fueren».

«Hacer retroceder a los obreros italianos en sus conquistas —añade— no será un juego de niños». En Italia, el otoño político ya ha comenzado, y será duro.

■ K. S. KAROL

R. F. A.

SCHMIDT FRENTE A EUROPA

EN Zurich, los grandes financieros (apodados los «gnomos») despliegan gran actividad: seguramente sucederá algo en el mercado libre del oro. Era lunes por la mañana. El fin de semana había traído la noticia «fantástica»: El préstamo alemán de Helmut Schmidt a Mariano Rumor, italiano, con la garantía del oro del Banco de Italia. Pero no al precio oficial que reconocen entre sí los Bancos centrales: se adoptó como referencia el precio del mer-

cado libre, tres veces superior. Ciento veinte dólares la onza en vez de cuarenta y dos. Y el asunto no concierne sumas pequeñas. Se trata de más de 500 toneladas de oro que se ven atribuir de este modo el precio fuerte —el equivalente de la mitad de la producción anual de oro de Africa del Sur—.

Entonces, los especuladores, especulan. No sólo con el oro. Con la catástrofe financiera que amenaza a toda Europa. Su razonamiento es el siguiente: si Helmut

LA INFLACION

Schmidt ha aceptado dar el paso, es porque «el momento es grave». Otros Gobiernos se verán pronto obligados a recurrir a la misma estrategia. El oro va a convertirse en una especie de garantía multinacional contra la baja. El entusiasmo de Zurich es tan grande, que ya se comienzan a intercambiar lingotes a 160 dólares la onza; es decir, cuatro veces el precio oficial.

Hasta aquí, el canciller alemán, parapetado detrás de sus montañas de dólares y seguro por sus éxitos en la lucha contra la inflación, se limitaba a aconsejar a los demás que actuaran como él.

Pero, bruscamente, Helmut Schmidt sale de su madriguera y se arroja al agua. ¿Qué sucedió? Primero, decepciones. En julio terminaba la presidencia alemana de la Comunidad Europea. Presidencia fallida, y Schmidt tenía mucha culpa de ello.

«América primero», había dicho ya en febrero. Traducción: No es Europa la que sacará al mundo occidental de la crisis en la que la sumergió el alza de los precios petrolíferos. Sólo la diplomacia americana y el hábil Henry Kissinger lo lograrán. Pasan los meses. La baja esperada del petróleo no se produce, sino por el contrario. Los países productores no se inmutan, ni tan siquiera bajo la amenaza del señor Simon, secretario americano del Tesoro, que repite: los precios actuales se tornan «insoportables».

Segunda decepción: Los arabodólares. Se los esperaba en Alemania con seguridad, con la idea de reconvertirlos en préstamos destinados a países en dificultades. En vano. Los países petroleros envían sus fondos líquidos a Nueva York. Para Schmidt es la verdadera señal de alarma: Europa ya no inspira confianza, y tampoco Alemania. Las quiebras bancarias que se han producido del otro lado del Rin en los últimos tres meses, provocan fugas de capitales. En cuanto al resto de Europa, ¿quién invertiría sus fondos actualmente en Italia, Gran Bretaña o incluso en Francia?

Una salud insolente

Tercera decepción: La ayuda financiera no vendrá de América. Washington ha dado a entender a los alemanes que tendrán que

pagar si quieren evitar que la crisis económica sumerja a Europa en problemas sociales, tan peligrosos para la OTAN. En los altos círculos hasta se ha desaconsejado al conjunto del sistema bancario americano los préstamos a Italia, cuya solvencia es «problemática». Pero eso no es todo ahí. La acumulación de divisas en las reservas alemanas indisponen a los responsables de la economía americana. El llamado de Schmidt, aconsejando a Gerald Ford que evite la deflación en los USA, ha sido recibido con frialdad: «Cuando uno se da el lujo de tener excedentes de pagos tan gigantescos como los alemanes, mejor es callarse», dicen los americanos.

La crítica americana sólo es el eco apagado de las recriminaciones mucho más duras que se escuchan en Europa. La insolente salud del comercio exterior alemán provoca celos. Poco falta para que se reproche a Bonn el hecho de exportar desempleo y de enriquecerse a costa de los demás.

A la decepción alemana se suma el miedo. Miedo de perder el mercado italiano (10 por 100 de las exportaciones), y miedo, aún mayor, de ver a Francia forzada a tomar a su vez medidas restrictivas del comercio exterior. Los franceses son los primeros clientes de la industria alemana. Durante los seis primeros meses de

este año, Francia sufrió un déficit exterior de más de once mil millones de francos. Seis mil millones son imputables a su comercio con Alemania. No hay tiempo que perder. Helmut Schmidt ha comprendido mientras tanto que no se podía, sobre todo en un período de crisis económica, basarlo todo en América. La Comunidad Europea, después de todo, puede ser útil aún a los intereses bien concebidos de la poderosa Alemania.

Profunda complicidad

Entonces, las veleidades de Giscard d'Estaing caen de perilla. Resurgimiento de la Europa política, por supuesto, para dar un poco de nobleza y esplendor a la operación. Pero el núcleo está en otra parte: Giscard y Schmidt, el lunes pasado, hablaron esencialmente de economía y finanzas. Se trata de devolver a Europa su credibilidad, no tanto en el corazón de las masas, sino en los cálculos de los banqueros. Hay que restablecer un clima de confianza, hacer que París, Bonn, Roma y Londres no figuren en la lista negra de capitales que evitan los petrodólares.

Para ello hay una baza: la cooperación franco-alemana. En Bonn, entre los que rodean a Schmidt, lo mismo que en París en torno a Giscard, no se deja de

repetir que sin Francia —o sin Alemania— nada es posible. Concretamente eso quiere decir: quedan dos países en Europa que tienen: uno, una realidad; el otro, una esperanza de estabilidad económica. Hagamos cuentas: el déficit exterior francés es muy inferior al excedente alemán. La balanza consolidada de ambos países es ampliamente positiva. Schmidt sólo tiene un objetivo: mejorar el «score», apoyar los esfuerzos franceses para restablecer los equilibrios interior y exterior. Giscard, por su parte, recordó al americano James Reston cuál era el objetivo central de su política económica: dar a la industria francesa un peso por lo menos igual al de la alemana. En Bonn no se preocupan mucho por esa pretensión. Y dado que el «partenaire» francés es indispensable, mejor que esté sano. Esta buena voluntad alemana explica quizá por qué París, forzado a pedir en las plazas financieras para compensar sus déficits exteriores, obtiene tan fácilmente préstamos. Los responsables financieros de Bonn quizá contribuyen en algo a esto. En todo caso, la complicidad franco-alemana es tan profunda, que nadie piensa ya en negarla. De allí esa reacción melancólica de un diplomático holandés respecto a la futura Cumbre europea anunciada por Giscard: «Sólo será un nuevo encuentro franco-alemán». ■ FRANÇOIS SCHLOSSER.

